

LA REPRESENTACIÓN DEL PERRO EN *EL HOMBRE QUE AMABA A LOS PERROS*, DE LEONARDO PADURA

Representation of the dog in *El hombre que amaba a los perros*,
by Leonardo Padura

Sylma García González, Ph.D.
Universidad de Puerto Rico
Correo electrónico: sylma_2000@yahoo.com

Resumen

Este trabajo analiza la representación del perro en la novela *El hombre que amaba a los perros*, del escritor cubano Leonardo Padura Fuentes, más allá de su función como elemento unificador de la trama. Desde mi punto de vista, la presencia de los perros tiene como propósito fundamental poner en primer plano la reflexión acerca de la condición humana misma. Sin embargo, lejos de considerar que, en este sentido, la propuesta de la novela sea que los perros realcen la progresiva animalización del ser humano, pienso que, justamente, se centra en lo opuesto: la presencia de estos animales evidencia la permanencia de, al menos, un resquicio de su asediada humanidad.

Palabras clave: perros, representación, animalización, humanidad, Leonardo Padura, novela cubana

Abstract

This work analyzes the representation of the dog in the novel *El hombre que amaba a los perros* from Cuban writer Leonardo Padura Fuentes, going further than its function as the unifying element of the plot. From my point of view, the presence of the dogs has the fundamental purpose of bringing to the forefront the reflection regarding the human condition itself. However, far from considering that, in this sense, the proposition of the novel is that the dogs emphasize the progressive animalization of the

human being, I think that, justly, it centers on the opposite: the presence of these animals evidences the permanence of, at least, a gap from its besieged humanity.

Keywords: dogs, representation, animalization, humanity, Leonardo Padura, Cuban Novel

Recibido: 7 de abril de 2021. *Aprobado:* 13 de abril de 2021.

Leonardo Padura Fuentes, creador del personaje de Mario Conde, se ha distanciado de la zona de confort que le ofrece el género de la novela negra, que domina a las mil maravillas, para adentrarse en el ambicioso proyecto de la reconstrucción del asesinato de Liev Trotski, a manos del enigmático personaje del español republicano Ramón Mercader. El título del texto me resultó, de entrada, atractivo: *El hombre que amaba a los perros*, que, dicho sea de paso, erróneamente consideré como una enigmática referencia a la versión en español de la novela de Stieg Larsson, *Los hombres que no amaban a las mujeres*. Sin embargo, el propio personaje de Iván, protagonista de una de las tres historias intercaladas en la novela, aclaró mi confusión, cuando relata que la tarde en que conoció a Mercader había estado leyendo, precisamente, un libro de cuentos de Raymond Chandler, entre los que se encontraba uno titulado «El hombre que amaba a los perros» (93)¹. Aunque me confieso amante de los gatos, la presencia del perro en el texto de Padura me pareció mucho más significativa y reveladora de lo que algunos de los textos críticos o reseñas que se han escrito acerca de la novela le han reconocido: «Los perros, pues, con una insistencia que a mí no me acaba de convencer, unirán las tres historias [...]» (Javier Goñi).

La larga andadura vivencial, de cerca de 10,000 años, entre el ser humano y el perro se resume en la conocida afirmación de que el perro es el mejor amigo del hombre. Los canes no solo ofrecen afecto y compañía, sino también colaboran con los humanos en el cuidado de rebaños, la carcería, las tareas de rescates y policiales, entre muchas otras labores. Esta especial relación ha sido tema de interés científico para muchos investiga-

¹ En esta novela, el autor cuenta la historia de Voss, un perro policía robado por un asesino profesional que siente una extraña predilección por los perros.

dores, quienes han esbozado diversas teorías para explicar dicha conexión ancestral, entre las que se encuentra la de que los cerebros de los perros han evolucionado para parecerse a los nuestros:

[...] los canes se han convertido en expertos en descifrar las emociones que hay detrás de nuestra voz, sea tristeza, angustia o alegría a raudales. Y para ello, nuestras incondicionales mascotas incluso han transformado su cerebro a lo largo de estos miles de años de convivencia con nosotros. No cabe duda: los perros se han ganado a pulso su puesto como el mejor amigo de hombres y mujeres. («¿Por qué perros y humanos se convirtieron en grandes amigos? La respuesta, en sus cerebros». *20 minutos*).

Sin embargo, por más atractivas que me parecieran estas teorías, una cosa es el perro en la vida real y otra, muy distinta, es su caracterización literaria.

Las primeras investigaciones que realicé en cuanto a la figura perruna en la literatura, con el propósito de contextualizarla en la novela de Padura, me condujeron a la lectura de las fábulas de Esopo, Iriarte, La Fontaine y Samaniego, así como a releer a los famosísimos Cipión y Berganza, de Cervantes; incluso, me acerqué nuevamente a «Los cachorros» y *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa, y hasta al «perro cibernético» de las *Indiscreciones de un perro gringo*, de Luis Rafael Sánchez. Además, los ávidos lectores del ciclo de novelas de Mario Conde no podemos olvidar al aventurero Basura, que aparece, por primera vez, en *Paisaje de otoño*. El expolicía cubano establece una relación de camaradería con su perro², tratándolo como a un ser humano o, mejor dicho, animalizándose él:

Tú quédate aquí si quieres. Pero si quieres irte para la calle otra vez, sales por ese pasillo. Haz lo que más te guste. Te

² Bernardo Subercaseaux, en su artículo «Perros y literatura: condición humana y condición animal», afirma que, en las sociedades contemporáneas, por causas del capitalismo tardío y la masificación de las mascotas, se ha producido una osmosis entre la sociedad humana y la perruna, interacción que se refleja en la literatura: «Una osmosis que paradójicamente revela la humanidad de los animales y la insociabilidad y soledad espiritual del ser humano» [*Atenea* 509. 1 (2014): 33-62].

advierdo que aquí no siempre hay comida, que si te quedas voy a tener que bañarte, que yo me paso el día en la calle y que a veces estoy más solo que tú, pero como hace una pila de años que no tengo un perro, a lo mejor contigo vuelvo a la perritud... ¿Se dirá así, Basura? Bueno, me voy. Tú haz lo que te dé la gana, y ¡que viva la libertad!, concluyó su discurso y cerró la puerta [...]. (239)

Varias de estas lecturas, y otras que mencionaré a lo largo de este estudio, contribuyeron decisivamente con mi análisis sobre el tema y, por otro lado, me pusieron sobre la pista de otras posibilidades interpretativas que no había considerado aún. Como bien señala Goñi, los perros contribuyen a darles unidad a las tres historias, ya que sus personajes principales, Trotski, Mercader e Iván, tienen en común su debilidad por estas criaturas. De hecho, como veremos más adelante, justamente ese interés compartido pondrá a Iván en contacto con Mercader y, por ende, con la historia de Trotski. Sin embargo, considero que el perro en la novela de Padura representa mucho más que una excusa para hilvanar la compleja trama³. Desde mi punto de vista, la presencia de los personajes-perros en esta novela tiene como propósito fundamental poner en primer plano la reflexión acerca de la condición humana y la condición animal. Sin embargo, lejos de considerar que, en este sentido, la propuesta de la novela sea que los personajes-perros realcen la progresiva animalización del ser humano, pienso que, justamente, se centra en lo opuesto: la presencia de estos animales evidencia la permanencia de, al menos, un resquicio de su asediada humanidad.

Una de las tres historias que se entremezclan en *El hombre que amaba a los perros* es la de Iván, cuya primera aparición en la novela ocurre en el marco del entierro de su pareja, Ana, quien ha fallecido a causa de una dolorosa y prolongada enfermedad. Del mismo modo, aparece su perro, Truco, mascota leal de la mujer, que se mantuvo a su lado hasta que exhala el último suspiro (22). Como veremos, los momentos más trascendentales en la vida de Iván se relacionan, de una u otra forma, con los perros: su trabajo en una clínica veterinaria, su relación sentimental con Ana, su

³ Cabe destacar que Leonardo Padura, como varios de sus personajes, es amante de los perros. (<<http://elfogonerovenegas.blogspot.com/2011/02/el-hombre-que-ama-mantilla.html>>).

relación con «el hombre que amaba a los perros» e, incluso, el momento de su muerte.

Según narra el propio personaje, en 1973, culmina sus estudios universitarios con excelentes calificaciones y con el prestigio de haber publicado un libro (97). A partir de ese momento, por decisión de la oficina de ubicación laboral, departamento de recién graduados universitarios, se desempeñaría como redactor jefe de la emisora de radio local de Baracoa, un pueblo pequeño y remoto. Dicha designación se debe a que había redactado un cuento (sobre un luchador revolucionario que había preferido suicidarse antes de volverse delator), que había sido considerado por el director de una revista literaria como «inoportuno, impublicable, completamente inconcebible, casi contrarrevolucionario» (104). Así que el joven escritor, quien inicialmente parecía despuntar como una nueva promesa en las letras cubanas, resulta relegado a esa posición como un «“correctivo” para bajarme los humos y ubicarme en tiempo y espacio, como solía decirse» (98). Al poco tiempo de su llegada a Baracoa, Iván se ve inmerso en un torbellino de fiestas, alcohol y sexo (contrajo gonorrea) cuyo resultado final es su reclusión voluntaria en el pabellón de tratamiento para adictos del Hospital General Calixto García (109). Tras este último incidente, Iván se dedica a trabajar como corrector en una revista veterinaria, *Veterinaria Cubana*, donde no solo se siente a gusto debido a su natural simpatía por los perros (en la que hará hincapié constantemente a lo largo del texto), sino que también aprende los rudimentos de la profesión de veterinario, a la que se dedica más adelante en su vida.

La importante relación que se establece entre Iván y «el hombre que amaba a los perros» se debe, inicialmente, al interés del cubano en dos hermosos perros, Ix y Dax, pertenecientes a la raza de los borzois rusos, que corren por la playa en compañía de su dueño. Justamente, el día en que conoce a esta enigmática figura, Iván había estado leyendo el cuento de Raymond Chandler, «El hombre que amaba a los perros»: «Dos horas antes, mientras realizaba el trayecto en la guagua hacia la playa, había comenzado el libro justo por ese cuento, atraído por un título sugestivo y capaz de tocar directamente mi debilidad por los perros» (93). De hecho, Iván considera que la lectura de ese cuento y la espera de la caída del sol representaron coyunturas que permitieron tan singular encuentro.

La vista de los perros impresiona profundamente a Iván: «Sin pensarlo cerré el libro para dedicarme a contemplar a aquellos extraordinarios

animales, los primeros galgos rusos, los cotizados borzois [...] En la luz difusa de la tarde de primavera los galgos parecían perfectos, sin duda bellísimos, enormes...» (94). Continúa describiendo el espectáculo que tiene ante sus ojos, que ya se han vuelto expertos en la materia: «Me admiré con el brillo de las pelambres blancas, moteadas de un lila oscuro en el lomo y los cuartos traseros, y con el filo de los hocicos, dotados de unas mandíbulas –según la literatura canina– capaces de quebrar el fémur de un lobo» (94). La admiración por tan formidables criaturas lleva a Iván a vencer la resistencia de dirigirle la palabra a aquel extraño: «Son preciosos sus perros» (95). El dueño, con evidente orgullo, señala: «Son los únicos que hay Cuba» (95). Iván debe, entonces, justificar su conocimiento acerca de esta raza, en particular, aludiendo a su trabajo en la revista veterinaria. Sin duda, se trata de una escena bastante común: dos personas desconocidas entablan conversación, animadas por el interés común en los perros. Este primer acercamiento posibilita la relación que posteriormente se establece entre ambos hombres y la subsiguiente narración (confesión, podría decirse) de los hechos que culminan con el asesinato de Trotski que representan el material central de la novela de Padura.

El próximo encuentro entre ambos hombres ocurre dos semanas después, de forma muy similar: «los perros corrían por la arena y, a la distancia, su dueño los seguía, con las correas en la mano...» (165). Esta vez Iván se siente más cómodo para inquirir acerca de los perros y admite que, luego de haberlos visto en la primera ocasión, se había documentado más acerca de ellos: «Es que me encantan sus perros» (165). El dueño, entonces, le cuenta con evidente orgullo que sus mascotas habían salido en una película recientemente: «[...] la verdad es que fue muy divertido asistir al rodaje, viendo cómo se monta una mentira que después puede parecerse a la verdad» (166). Esta afirmación es muy interesante, ya que resulta aplicable a la propia historia de Ramón Mercader. Además, conversan acerca de historia de la raza de los borzois, como perros de los zares y los poetas (167).

La relación de Iván con los perros resulta clave, además, en el terreno de su vida sentimental. Tras su inevitable divorcio de Raquelita, entabla una relación con una joven, quince años menor que él, llamada Ana. Una tarde lluviosa, esta se presenta en la clínica veterinaria donde trabaja Iván, llevando en sus brazos a su poodle, aquejado de una obstrucción intestinal. Iván le advierte que no hay veterinarios en la clínica en esos momentos

y que él no se desempeña como tal. Ella, desesperada ante la inminente muerte de su perro si no se le practica una operación de emergencia, le ruega que lleve a cabo la intervención quirúrgica; así que Tato se convierte en su primer paciente: «Si el Dios invocado por la muchacha alguna vez ha decidido proteger a un perro, tuvo que haber sido esa tarde, pues la operación, sobre la cual tanto había leído y que había visto realizar más de una vez, resultó un éxito en la práctica» (25). A partir de ese primer encuentro, Iván y Ana se involucran en una relación amorosa que sobrevive al hambre y la miseria, no así a la polineuritis avitaminosa y el subsiguiente cáncer óseo que siega la vida de Ana. Sin duda, Tato representa el eslabón que, inicialmente, une a la pareja. A sus dieciséis años, muere la entrañable mascota de Ana, sumiendo a la joven en una profunda depresión:

La falta del poodle afectó tanto a mi mujer que, un par de semanas después, yo traté de aliviar la situación con la recogida de un cachorro callejero, al que de inmediato Ana comenzó a llamar Truco por su habilidad para ocultarse y al cual se dedicó a curar y a alimentar con raciones arrancadas de nuestras exiguas dietas de sobrevivientes. (26)

Este perro, también, resulta un aliciente para la moribunda chica: «Y Ana mejoró, al mismo tiempo que Truco, el sato callejero y sarnoso que yo había recogido poco después de la muerte de Tato, engordaba, le crecía el pelo y se convertía en el integrante más vivo y feliz de la familia» (661). Truco, además, se convertirá en el fiel compañero del personaje tras la muerte de Ana. Daniel, un buen amigo de Iván, quien retoma la narración dejada inconclusa por este, y que admite no ser especialmente aficionado a los perros, advierte que el animal se encuentra tan deprimido como su amo ante la muerte de Ana. Narra cómo Iván intenta convencerlo de comer algo, pero el perro se niega: «Vamos, niño, come- le dijo Iván, acucillándose junto al animal, y agregó con ternura, como si estuviera asombrado: ¡Anda, mira, es carnita!» (749). La lastimosa imagen de amo y perro resulta triste y dolorosa: «En sus ojos había una tristeza húmeda idéntica a la que flotaba en la mirada de su perro» (749). Iván se revela como un personaje que ha sido apaleado por la vida como un perro: «Sentí compasión por mi amigo y por su perro, compasión real y justificada...» (754).

Tras el prolongado sufrimiento producido por las amargas experiencias, tal parecería que Iván se animaliza, «por una vida de perro», y Truco, que permanece a su lado, adquiere rasgos de humanidad. Truco llega a ser la única compañía de Iván en sus últimos momentos y, de hecho, mueren juntos bajo una avalancha de escombros en su paupérrimo apartamento: «Sobre el colchón, también hundido por el peso, logré entrever bajo los pedazos de madera, concreto y yeso, la forma de unas piernas, un brazo, parte de una cabeza humana y también algo de la pelambre amarilla de un perro» (758). Incluso, en la muerte estos dos seres han quedado de cierta forma hermanados con entierros similares:

Esta mañana he enterrado a Truco junto al muro del patio de mi casa, y dentro de la mortaja de tela que le hice, metí un ejemplar del remoto libro de cuentos de Iván, la fosforera de Mercader y la Biblia de Ana. Esta tarde, cuando cierran el ataúd de mi amigo, la cruz del naufragio (de todos nuestros naufragios) y esta caja de cartón, llena de mierda, de odio y de toneladas de frustración y de mucho miedo, si irán con él: al cielo o a la podredumbre materialista de la muerte. (761)

La presencia de los perros en la vida de Iván no solo se relaciona directamente con su encuentro con «el hombre que amaba a los perros» y con su relación amorosa con Ana, dos personas clave para él, sino que se convierte en una forma de vida:

Aquel período oscuro y hostil tuvo la recompensa de permitirme sacar completamente de mi interior la que en realidad debió haber sido la vocación de mi vida: desde el rústico y elemental consultorio que había montado en el barrio, no solo vacuné perros y capé o enmudecí puercos que luego serían devorados, sino que también pude dedicarme a ayudar a todos los que, como yo, amaban a los animales, en especial a los perros. (537)

En 1993, Iván abandona la Escuela de Veterinaria para montar su propio gabinete para primeros auxilios en calidad de veterinario amateur, co-

misionado principalmente a las campañas de vacunación contra la rabia. A pesar de las grandes vicisitudes que atraviesa el veterinario aficionado, como falta de materiales y medicamentos, así como la precaria situación de salud de Ana, Iván da la impresión de encontrarse, de cierta forma, satisfecho con su nueva profesión. Parece que, por primera vez en su vida, dedica sus energías a algo que le brinda algunas pocas satisfacciones: «[...] curar perros tan pobres y desaliñados como sus dueños, se convirtieron en los lindes de mi vida de mierda» (662). El escritor, más pospuesto que frustrado⁴, encuentra un aliciente en la atención y el cuidado a los animales, especialmente, los perros.

En el caso de Trotski, los perros también tuvieron una función importante: ayudarle a sobreponerse a las amarguras del destierro y la soledad. A lo largo de todo su peregrinaje involuntario, el personaje se encontrará acompañado de algún perro. Unas pocas páginas después de la incursión del líder soviético en la novela, aparece la primera figura canina, Maya: «[...] su perra le daba los buenos días, y él había acariciado sus orejas, en las que encontró calor y un reconfortante sentido de realidad» (30). La compañía de la fiel Maya supuso un aliciente en su desgracia. De hecho, la perra llegó a convertirse en una forma más de castigar al «traidor». Dreitser, su carcelero, necesitado de mostrar su poder, le dijo que la perra no podía viajar con ellos (37): «La reacción del desterrado fue tan violenta que sorprendió al policía: Maya formaba parte de su familia y se iba con él o no se iba nadie» (38). Incluso, en su desesperación, Trotski llega a amenazarlo con cometer algún disparate si le impedía llevarse a su perra (38).

⁴ Un aspecto que valdría la pena analizar más a fondo con respecto al personaje de Iván es la figura del perro y su relación con la escritura a la luz de las obras de Cervantes. Como señala Luce López Baralt, en su artículo «El coloquio de dos perros: Luis Rafael Sánchez y Miguel de Cervantes»:

Cervantes insiste en la extraña ecuación del perro con la escritura: Ginés de Pasamonte, que escribe sus memorias (I, 22), va a las galeras encadenado como un perro. El loco que protagoniza un microrelato en prólogo al segundo Quijote sodomizaba a los perros con un cañuto de caña puntiagudo, soplándoles aire hasta que los ponía redondos como una pelota. Cervantes asocia “hinchar” los perros con la escritura misma, trabajo de inventar, pero siempre “inflada” a voluntad de la fantasía del autor. La escritura es indefectiblemente perruna para Cervantes. (250)

En una ocasión, Maya salva la vida de la familia, incluyendo la de Sieva, el pequeño nieto, quien, al igual que su abuelo, sentía debilidad por la perra: «Vagando en aquellas cavilaciones, había tardado en percibir la inquietud de Maya, que se había acercado varias veces a la cama, y a la que, incluso, había sentido lloriquear» (127). Un saboteador había prendido fuego a la secretaría donde guardaba sus documentos, amenazando así la vida de los habitantes de la casa. Justo en esa época, Troski enseñó a Sieva «a comunicarse con los animales y a interpretar su lenguaje de actitudes, apoyado en la inteligencia de la paciente Maya» (133).

La inevitable muerte de la perra, provocada por una infección incurable debida a una bacteria pulmonar, representa un duro golpe para un hombre desesperado, quien lo había perdido ya prácticamente todo: «Pero Maya se apagó, y con ello añadió otro motivo de dolor a la malsana tristeza en que vivía desterrado» (179). El entierro de la perra resulta una escena verdaderamente conmovedora: «Por eso, aunque esos días él sufría otro de sus ataques de lumbalgia, insistió en llevar en brazos el cuerpo de su querida borzoi hasta donde sería enterrada [...] Al depositarla en la fosa, Liev Davidovich sintió que se desprendía de una buena parte de su vida» (179).

En los últimos momentos de su existencia, Trotski vuelve a recibir la compañía de un perro, Azteca, a quien le profesa un cariño especial: «El mestizo se había convertido en un perro hermoso, con una belleza diferente a la aristocrática Maya, pero definitivamente atractiva. ¿A quién amaré más Azteca, a Sieva o a mí?, se preguntó: ojalá pudiera preguntárselo a él y decirle que yo también lo amo y sonrió» (604). El día de su muerte, según nos indica el narrador: «[...] por última vez en su vida Liev Davidovich Trotski acarició la piel de un conejo y dirigió unas palabras de amor al perro que lo acompañaba» (604). El último gesto cariñoso de su vida es hacia Azteca.

Ramón Mercader, en su papel de Jacques Mornard, sostiene una reveladora conversación con Trotski sobre el tema de los perros que pone en primer plano, a mi entender, la importante función de estos en la novela. Los dos hombres cuyas vidas discurren por caminos tan distintos y que convergen irremediabilmente en un momento definitivo para ambos, tienen un vínculo totalmente insospechado que no puede pasar inadvertido para los lectores:

[...] el joven Sieva accedía al patio, precedido por el jubiloso Azteca, que, sin hacer caso de los visitantes, fue hacia el exiliado. El viejo sonrió, acariciando al animal y hablándole en ruso al oído.

—¿Siempre le habla en ruso?—sonrió Jacques, luego de saludar a Sieva, al que incluso le pasó un brazo por los hombros.

—Sieva le habla en francés, en la cocina le hablan en español, y yo le hablo en ruso— comentó el anciano—. Y nos entiende a todos. La inteligencia de los perros es un misterio para los humanos. Muchas veces creo que son intelectualmente muy superiores a nosotros, pues tienen la capacidad de entendernos, incluso en varios idiomas, y somos nosotros los que no tenemos inteligencia para captar su lenguaje.

—Creo que tiene razón... Dice Sieva que usted siempre ha tenido perros.

—Stalin me quitó muchas cosas, hasta la posibilidad de tener perros. Cuando me expulsaron de Moscú tuve que dejar a dos, y cuando me desterraron, quisieron que me fuera sin mi perra preferida, la única que me pude llevar a Alma Atá. Pero Maya vivió con nosotros en Turquía, y allá la enterramos. Con ella Sieva aprendió a amar a los perros. Lo cierto es que siempre he amado a los perros. Tienen una bondad y una capacidad de ser fieles que superan a las de muchos humanos.

—Yo también amo a los perros— dijo Jacques, como si se avergonzara—. Pero hace años que no tengo ninguno. Cuando todo esto acaba, me gustaría tener dos o tres.

—Búsqese un borzoi, un galgo ruso. Maya era un borzoi. Son los perros más fieles, hermosos e inteligentes del mundo... con excepción de Azteca, por supuesto— dijo, guiñándole el ojo, y acarició más las orejas del perro, para luego apretarlo contra su pecho.

—[...] Oígame bien, Jacson, si alguna vez tiene un borzoi, nunca se olvidará de mí— sentenció el viejo y miró su reloj. De inmediato palmeó el flanco de Azteca y se puso de pie—. (609-610)

No deja de parecerme significativo, entre otras cosas, que pocos días antes del asesinato, el asesino y su víctima sostienen una conversación en la que, de cierta forma, revelan algo de su intimidad, que resulta ser la pasión común por los perros. Mercader, incluso, se permite dejar a un lado su perfecto y frío disfraz para sincerarse con Trotski: «Yo también amo a los perros- dijo, como si se avergonzara» (610), que muestra fugazmente la inocencia infantil que sus circunstancias le arrebataron pronto en su vida. Por otro lado, la adquisición de los borzois, Ix y Dax, por consejo del enemigo ideológico, a quien luego mataría, refleja su incapacidad de sobreponerse a su crimen: «[...] si alguna vez tiene un borzoi, nunca se olvidará de mí» (610). ¿Sería esta la penitencia autoimpuesta de Mercader? ¿Sería esta su manera de no permitirse olvidar a Trotski?

Conviene recordar, además, que unos minutos antes del asesinato, Mercader se encuentra nuevamente con el perro: «Azteca se había acercado y él miró al perro como si no lo viera. Un ardor le abrasaba el estómago, de nuevo sudaba, y temía perder la concentración» (640). Tal parecería que el asesino temía que la interacción con el animal, y la subsiguiente revelación de su humanidad casi perdida, supusieran una grieta en su decisión fatal.

El vínculo del personaje de Ramón Mercader con los perros resulta, incluso, más complejo y fecundo que el de los otros dos personajes principales de la novela. No se trata solo del hecho de que el epíteto de «el hombre que amaba a los perros» se refiera a él, aunque cabría argumentar que igualmente aplicaría a Trotski o Iván, como hemos visto, sino que, en el caso de Mercader, adquiere una significación aún más profunda. Resulta muy revelador que la presentación del personaje de Ramón en la novela (cap. 3) sea acompañado de un perro, que no deja de llamar la atención de Caridad, su madre, quien «observaba el pequeño perro lanudo que acompañaba a Ramón» (49). De hecho, Caridad no puede evitar inquirir acerca del animal: «¿Y ese perro?» (49), a lo que su hijo responde sonriente: «Vive con nosotros en el batallón... Se me ha pegado como una lapa. Es bonito, ¿no? —y se acuclilló—. ¡Churro!— susurró, y el animal se acercó moviendo la cola. Ramón le acarició las orejas mientras lo limpiaba de abrojos» (49). En su primera aparición en la novela, en el marco de la terrible guerra civil española, el joven Ramón se muestra como un amante de los perros, rasgo de su camaleónica personalidad que permanece inalterado a lo largo de su azarosa vida. Desde su tierna juventud hasta su

muerte, Ramón Mercader profesará un tierno amor por los perros. De hecho, cuando se narra brevemente la niñez del personaje, se resalta ya esta particularidad de su compleja personalidad:

Quizás desde entonces ya existía algo profundamente reconcentrado en su carácter, pues sus mejores amigos no fueron sus compañeros de estudio o sus rivales deportivos, sino sus dos perros, regalo del abuelo materno ante la evidencia de que el niño sentía una debilidad especial por aquellos animales. Santiago y Cuba, bautizados por el abuelo indiano con los nombres de la nostalgia, habían llegado desde Cantabria siendo apenas unos cachorros, y la relación que Ramón estableció con ellos fue entrañable.
(60)

El pequeño Ramón compartió la soledad de su niñez, marcada por la tormentosa relación de sus padres, con esos dos labradores, que luego sustituirían Ix y Dax, durante sus últimos años de vida. Su separación de estos, a raíz de la mudanza de Caridad a París, representa, quizás, la primera pérdida importante de su vida: «[...] solo lamentó tener que separarse de Santiago y Cuba, pero se tranquilizó cuando la cocinera de la casa le aseguró que los cuidaría hasta que él regresara» (63). La posterior aparición de Churro revela que Ramón, ya en su juventud como soldado de la República, conserva intacta su natural simpatía hacia los perros.

A pesar de que la primera aparición de Ramón en la novela se encuentra marcada por la presencia de los canes, también lo está por la violencia injustificada contra estos. En el momento en que Caridad se dispone a marcharse, tras la importante conversación con su hijo, en la que lo incita a embarcarse en la misión que definiría el resto de su vida: «con el arma en la mano, colocaba a Churro en el punto de mira y, sin dar tiempo a que su hijo reaccionara, le disparaba en la frente. El animal rodó, empujado por la fuerza del plomo, y su cadáver comenzó a congelarse en la alborada fría de la Sierra de Guadarrama» (55). ¿A qué puede deberse este despliegue de violencia gratuita? El acto de fría crueldad que lleva a cabo Caridad no solo caracteriza definitivamente al personaje, sino que pone de manifiesto su problemática relación materno-filial. Con esta acción, Caridad, un tipo de madre poco común en la literatura hispanoamericana, pretende extirpar

cualquier residuo de compasión o debilidad (como lo consideraría ella) en su hijo, quien solo representa un instrumento más para alcanzar los fines de su Partido. Por otro lado, según las reflexiones del pensador Georges Bataille acerca de la cacería arcaica, que bien podrían aplicarse a la guerra, este acto podría verse como parte de un ritual:

Por el hecho de dar la muerte, el cazador o el guerrero que mataba era *sagrado*. Para volver a entrar en la sociedad profana, debían lavarse esa mancha, tenían que purificarse. Los ritos de expiación tenían como fin purificar al cazador, al guerrero. Las sociedades arcaicas nos han familiarizado con ejemplos de estos ritos. (54-55)

¿No le correspondería, entonces, a Ramón Mercader «lavar» la mancha de su madre con el asesinato de Troski, que fue, después de todo, instigado por ella misma?

Desde mi punto de vista, esta desconcertante escena recuerda el principio de una importante novela española de posguerra, *La familia de Pascual Duarte* (1942), del ganador del Premio Nobel, Camilo José Cela. Desde la cárcel, Pascual hace un relato de su vida, iniciándolo, justamente, con un acto de injustificada violencia:

La perra seguía mirándome fija, como si no me hubiera visto, como si fuese a culparme de algo de un momento a otro, y su mirada me calentaba la sangre de las venas [...]. Cogí la escopeta y disparé, volví a cargar y volví a disparar. La perra tenía la sangre oscura y pegajosa que se extendía poco a poco por la tierra. (28)

La estudiosa Abeer Mohamed Abd El Hafez, en su artículo «*La familia de Pascual Duarte*, de Cela y *El ladrón y los perros*, de Mahfuz: Una lectura paralela», señala: «La muerte de ambos animales (ambos hembras [refiriéndose a la perra y la yegua]) ha sido una presentación para el asesinato de su madre, que comete [Pascual] al final de la obra» (5). Aunque en la novela de Padura, el asesinato del perro no prefigura el de Caridad, quien no muere a manos de su hijo, lo cierto es que resultan interesantes los puntos de contacto entre ambas escenas. En primer lugar, la matanza

del perro ocurre en el mismo momento en que se presenta al personaje en la novela (Pascual y Ramón), lo que sí prefigura la violencia que rodeará sus vidas, ya que, aunque Ramón no mata a su madre, es el asesino de Trotski. Tal parecería como si una parte de su humanidad se perdiera con la muerte del perro. En segundo lugar, existe un vínculo simbólico entre la figura de la madre y el asesinato del perro, como bien han destacado estudiosos como El Hafez en el caso de *La familia de Pascual Duarte*. Aunque cabe aclarar que la relación entre el perro y la madre es diferente en ambos casos, ya que Pascual, de cierta forma, ve a su madre reflejada en la perra y, por esta razón, mata al animal. En el caso de Ramón, la marcada influencia de su madre definirá el rumbo de su vida, llevándolo, incluso, al asesinato, pero jamás aniquilará su entrañable amor por los perros, rasgo que le permitirá salvar, de cierta forma, su humanidad, como veremos más adelante.

Como se ha mencionado en este estudio, los perros Ix y Dax propician la relación entre Iván y Jaime López, quien le contará la historia de su «amigo», Ramón Mercader, el asesino de Trotski. La presencia de estos animales sugiere, de cierta forma, un cierre en el ciclo vital del personaje, ya que vienen a sustituir a Santiago y Cuba, los perros amados de su niñez. El genuino interés de Iván en los perros motiva su acercamiento con López/ Mercader, quien, entre otras cosas se encuentra profundamente preocupado por la salud de Dax: «Dax estaba sufriendo unas crisis de ira cada vez más frecuentes, y un veterinario he había aconsejado a López pensar incluso en el sacrificio, algo que él había descartado de inmediato» (174). De hecho, llega a pedirle ayuda a Iván para sacrificar al animal, a lo que este se niega: «Cuando Dax empieza a empeorar y yo me haya hecho a la idea... ¿tú serías capaz de ayudarme en esto?» (244). El deterioro físico del animal representa, además, el del amo, quien también se encuentra muy enfermo: «Los médicos siguen sin saber, pero cada vez estoy más jodido. Ya casi no puedo pasear a mis perros por la playa, que es una de las cosas que más me gustan en la vida» (174)⁵. Muchos años después de la muerte de Mercader, Iván se reencuentra con el negro, quien le narra la muerte del perro a manos de su amo:

⁵ La relación entre el deteriorado estado de salud de amo y perro supone, a su vez, un paralelismo con la figura de Trotski y su perra. Cabe recordar que el anciano lleva en brazos el cuerpo de su amada Maya hasta el lugar del enterramiento a pesar de este sufrir de una dolorosa enfermedad.

López se sentía muy mal, pero un día me pidió que lo llevara con Dax a una playita que está por Bahía Honda. [...] López lo soltó, lo dejó correr un rato, pero Dax se cansó enseguida y se puso a toser. Él lo estuvo acariciando mucho tiempo, hablándole, hasta que se le pasó la tos y se echó. Entonces él me pidió la toalla y empezó a secarlo. A Dax le encantaba que le secaran la panza. Al cabo de un rato, él le puso la toalla sobre la cabeza y sacó una pistola... López estaba seguro de que su perro había muerto del mejor modo: sin saberlo, casi sin tener tiempo de sentir dolor... Eso fue a finales de enero. Nunca volvimos a la playa... (659-660)

La forma extremadamente compasiva en que Mercader mata a su perro resulta conmovedora. Para quienes tenemos la dicha de amar a una mascota, la sola idea de tener que sacrificarla resulta demasiado dolorosa. Mercader mata a su perro para librarlo de un sufrimiento mayor sin importarle el dolor propio ante tal acción. El hombre que comete uno de los asesinatos más ruines de la historia sufre terriblemente al tener que matar a su perro. ¿Qué dice, entonces, el sacrificio de Dax sobre el propio Mercader? Si se toman como base ciertos planteamientos de Schopenhauer acerca de la moral de la compasión con respecto a los animales, en *Los dos problemas fundamentales de la ética*, el acto de sacrificar a Dax estaría supeditado al dolor de Mercader: «la desgracia es la condición de la compasión y la compasión la fuente de la caridad» (277). Es decir, que lo que empuja al ser humano a realizar una acción de este tipo sería el reconocimiento del sufrimiento compartido. Por lo tanto, Mercader mata a Dax como un reflejo de la necesidad de evitar la prolongación de su propio sufrimiento. Cabe recordar que el anciano se encuentra muy enfermo. Sin embargo, Schopenhauer asocia la muerte rápida (el sacrificio) de los animales con un sentimiento de culpa hacia la existencia eterna (Ruiz Callejón 158).

Por otro lado, en el famoso *Bestiario de Aberdeen* (s. XII), en los folios 18-20, dedicados a los perros, aparece un apartado interesantísimo asociado, justamente, con el tema de la culpa y su relación con los canes:

A dog's tongue, licking a wound, heals it. [...] As the dog's tongue, licking a wound, heals it, the wounds of sin-

ners, laid bare in confession, are cleansed by the correction of the priest. As the dog's tongue heals man's internal wounds, the secrets of his heart are often purified by the deeds and discourse of the Church's teachers. (<http://www.abdn.ac.uk/bestiary/translat/20v.hti>)

Según el bestiario, los perros tienen la capacidad no solo de curar las heridas de los pecadores, sino también de purificar los secretos escondidos en sus corazones. Por lo tanto, podría interpretarse que Ix y Dax ejercieron simbólicamente la función de «confesores» que sanaron y purificaron el corazón de Ramón Mercader, ensombrecido por el más terrible de sus pecados, el asesinato de Trotski, herida representada por la fea cicatriz que tiene en la mano: «Hay días en que todavía me duele...» (240).

Como he intentado demostrar a lo largo de estas páginas, la función de las figuras caninas en *El hombre que amaba a los perros* supone mucho más que una forma de estructurar la novela, sirviendo de conector entre los tres relatos. Estos animales forman parte de la significación profunda del texto, ya que permiten establecer reveladores paralelismos entre unos personajes aparentemente disímiles y, en último extremo, antagónicos, como, por ejemplo: su pasión por los canes, su dependencia emocional de estos, así como su sufrimiento indecible ante su pérdida. Por otro lado, los perros tienen la función de resaltar la humanidad de los personajes, asediada constantemente por sus circunstancias vitales, para impedir su completa animalización.

OBRAS CITADAS

- Bataille, Georges. *El erotismo*. <https://www.pensamientopenal.com.ar/system/files/2014/12/doctrina31464.pdf>: 54-55.
- Cela, Camilo José. *La familia de Pascual Duarte*. Barcelona: Destino, 1977.
- Goñi, Javier. «El grito de Trotski». *El País* 5 sept. 2009. <http://elpais.com/diario/2009/09/05/babelia/1252107556_850215.html>.
- El Hafez, en su artículo «*La familia de Pascual Duarte*, de Cela y *El ladrón y los perros*, de Mahfuz: Una lectura paralela». <[http://www.ucm.es/info/especulo/numero 46/ mahfuzce. html](http://www.ucm.es/info/especulo/numero%2046/mahfuzce.html)>.

- López-Baralt, Luce. "El coloquio de dos perros: Luis Rafael Sánchez y Miguel de Cervantes". *Nuestra América* 8 (2010): 245-260.
- Padura, Leonardo. *Adiós, Hemingway*. Barcelona: TusQuets, 2012.
- . *El hombre que amaba a los perros*. México: TusQuets, 2011.
- . *Paisaje de otoño*. Tercera edición. Barcelona: TusQuets, 2009.
- «¿Por qué perros y humanos se convirtieron en grandes amigos? La respuesta, en sus cerebros». *20 minutos*. [http://www.20minutos.es/noticia/2111147/0/perro / mejor -amigo-hombre/cerebro/#xtor=AD-15&xts=467263](http://www.20minutos.es/noticia/2111147/0/perro/mejor-amigo-hombre/cerebro/#xtor=AD-15&xts=467263).
- Ruiz Callejón, Encarnación. «La extensión de la comunidad moral en Schopenhauer: La moral de la compasión y el sufrimiento de los animales». *Convivium* 20 (2007): 145-172.
- Schopenhauer, A. *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Trad. Pilar López de Santa María. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1993.
- The Aberdeen Bestiary*. <http://www.abdn.ac.uk/bestiary/index.hti>.
- Venegas Yero, Camilo. «Leonardo Padura: el hombre que ama a Mantilla». 17 feb. 2011. <<http://elfogonerovenegas.blogspot.com/2011/02/el-hombre-que-ama-mantilla.html>>.
- Villamil, Genaro. "Premia Cuba a Leonardo Padura, *El Hombre que Amaba a los Perros*". *Homozapping* 21 sept. 2011. <<http://homozapping.com.mx/2011/09/premia-cuba-a-leonardo-padura-el-hombre-que-amaba-a-los-perros/>>.